

Discurso para China

SERGIO PITOL

Al realizar mi último libro, *Memoria 1933-1966*, comencé a recordar el año que viví en Pekín y todas las experiencias a las que gran parte de mi obra debe tanto. Llegué por primera vez a China a finales de 1961 con el objetivo de realizar una serie de entrevistas con intelectuales y políticos chinos para Radio Universidad por encargo del dramaturgo Max Aub. Entonces López Mateos, el presidente mexicano en turno, pensaba abrir relaciones diplomáticas con China, pero no fue posible debido a la presión que Estados Unidos ejerció sobre el gobierno mexicano.

En Pekín me ofrecieron trabajo en la revista *China Reconstruye*, que ahora se llama *China Hoy*, como “experto extranjero” para corregir libros de escritores chinos clásicos y contemporáneos traducidos al español. Al principio todo estaba muy bien. Me gustaba la gente que había en la editorial: intelectuales muy interesantes que me invitaban los fines de semana a pasear o a comer, y extranjeros con los que me reunía. Teníamos jornadas de trabajo de cuatro horas y a la mitad del horario había media hora para tomar té, conversar o hacer ejercicios. Casi todos formaban parte de las clases media y alta nacionalistas que no quisieron ir a Taiwán, y que eran necesarios en China porque conocían la historia de la literatura.

Uno de ellos era el profesor Chen, con quien, recuerdo, realicé un paseo al Templo del Cielo junto a su familia. Mis anfitriones y yo hicimos un descanso en la marcha hacia el edificio, a mitad de la larga serpentina de mármol que lo circunda, desde donde tuvimos una maravillosa vista de conjunto. A un lado, con un brazo tendido hacia el inmenso techo cónico revestido de tejas vidriadas de colores muy vivos, estaba el profesor Chen, un filólogo de la Universidad de

Pekín, especialista en literatura francesa. De hecho la mayor parte de su vida había transcurrido en Francia. Me imagino que en aquel momento y con aquel gesto me hace una descripción del edificio que con toda seguridad debía rebasar ampliamente mis posibilidades de recepción. Estaba extasiado. Debía de ser noviembre de 1961. Al lado del profesor estaba su hijo, estudiante también en la Facultad de Letras Francesas, donde enseñaba su padre. Ambos, como todos los chinos en esa época, vestían el uniforme azul marino de Mao Tse-tung. Sólo que la tela del profesor era visiblemente más fina que la del uniforme de su hijo, y las rayas de los pantalones estaban perfectamente planchadas. El uniforme del estudiante, en cambio, era tan modesto como los de la multitud que poblaba las calles.

Otro domingo, el mismo profesor Chen me invitó a visitar el Palacio de Verano, acompañado en esa ocasión por su esposa y su hijo, y después de recorrer los jardines y pasear junto a los lagos que rodeaban los graciosos pabellones, me invitaron a comer en el restaurante del palacio. Estaba abierto al público, me dijo el profesor, pero a un público extremadamente reducido, de seis o siete mesas. La señora Chen me informó que era el mejor restaurante de la capital, y quizás de toda la China. “El cocinero de este lugar goza de inmenso prestigio”, dijo; “fue el cocinero en jefe de la última emperatriz”, y añadió con cierto esnobismo: “Sí, señor, la sopa que usted ingiere en este momento procede del recetario de una cocina imperial, tal vez la preferida por la misma emperatriz viuda.” Parecía que ese día le tocaba a ella llevar la voz; me habló con entusiasmo del teatro –tal vez ésa fuera su profesión, no lo recuerdo–, y de sus mayores autores, todos importantes ya desde antes del advenimiento del comunismo: Kuo Mo-jo, Lao-She, Tsao-yu, a quienes leí poco después en traducciones al inglés y al francés, y al final hizo un fervoroso elogio de la Ópera de Pekín. Se desilusionó visiblemente al decirle que yo no había visto ninguna función durante sus giras triunfales en Europa. Añadió poco antes de abandonar el restaurante que los tres prodigios de China, sus logros

más refinados, eran: la arquitectura del Templo del Cielo, al que me había acompañado su esposo, la Ópera de Pekín de un determinado periodo, el Ming, el Tang, ¡a saber!, y que yo aún podría ver y oír en escena porque seguían formando parte del repertorio actual. Y la tercera: la deliciosa comida de Sichuan, la que acabábamos de comer. Su hijo, sonriente, dijo que su madre había nacido en Sichuan, y por eso mismo no podía ser objetiva. Reímos y al levantarnos de la mesa los cuatro comenzamos a aplaudir.

Para terminar nuestro encuentro fuimos a tomar café a casa de un matrimonio amigo de los Chen, afectos a esa bebida. El anfitrión era un arquitecto y, como el profesor Chen, había vivido desde niño largo tiempo en Francia, y la esposa, también arquitecta, era auténticamente francesa. Por eso gustaban del café. Fui recibido con simpatía. Los arquitectos eran más jóvenes que los Chen, y tal vez por eso los ademanes protocolarios y solemnes estaban más diluidos en ellos. Y en esa tarde comencé a enterarme de algunas cosas: durante el estalinismo los ideólogos del partido no siguieron de manera ortodoxa los procedimientos soviéticos; por lo menos en el mundo de la cultura, existían algunos oasis de los dardos venenosos de los miembros ultrasectarios del partido. Las dos parejas con quienes tomaba el café eran partidarios, o al menos estaban cercanos, de un movimiento político semejante a la socialdemocracia sueca, cuya dirigente era Sung Sin-ling, la viuda de Sun Yat-sen, creador y primer presidente de la República China, poco antes de la primera guerra mundial, y vicepresidenta de la república ella misma en el periodo comunista, título posiblemente honorario, pero que le permitía proteger a una cantidad de personas vulnerables y encontrarles trabajos dignos. La vicepresidenta pertenecía a la familia de financieros más rica de China, lo que no era vedado, puesto que algunos personajes de la política y la cultura chinas como Chu Teh, el héroe de la Larga Marcha, Chou En-lai, el primer ministro más poderoso de la república, procedían de familias de mandarines, la aristocracia china, como también lo eran varios escritores

muy respetados en esa época: Kuo Mo-yo, Pa-kin y muchos más. Todos ellos tuvieron la oportunidad de marcharse a Taiwán o Hong Kong al sucumbir el viejo régimen, o de regresar a Europa o a los Estados Unidos, como hicieron otros; sin embargo, se quedaron en China y formularon un convenio, tal vez tácito, de ser aceptados en el país siempre que cumplieran determinadas condiciones. Aún más, en ese año 1961 existía un grupo de industriales privados que dirigían sus empresas. La condición para gozar de ciertas garantías dependía, sobre todo, de no haber colaborado con los japoneses durante la ocupación del país en la segunda guerra mundial ni haber sido confidentes del gobierno de Shiang Kai-shek y delatado a los opositores de ese régimen. Entre los empeños de la viuda de Sun Yat-sen, que eran muchos, uno de poca monta era la publicación de una revista de propaganda en el extranjero, en varios idiomas: *China Reconstruye*, donde muchos intelectuales no comunistas fueron acogidos, así como algunos extranjeros que habían contraído matrimonio con ciudadanos chinos, como los arquitectos en cuya casa pasé a tomar café con el profesor Chen y su esposa.

Mis colaboraciones sobre Pekín, considerándolas desde ahora, me parecen una absoluta excentricidad. Pero en aquellos tiempos tenían muchos oyentes. Desde luego estábamos aún antes de la Revolución Cultural. En español se habían publicado casi uno tras otro tres libros franceses sobre China inteligentes y sugestivos: eran una invitación para visitar aquel país: *La larga marcha* de Simone de Beauvoir, *Claves para la China* de Claude Roy y *Las peripecias de un francés en China* de Vercors. ¡*La gauche divine* de aquel tiempo! Los tres habían recorrido el país, y regresado de allí absolutamente entusiasmados. Les había tocado una época prodigiosa: la de las Cien Flores. La política cultural se había independizado; todos los estilos estaban autorizados, así como todas las corrientes filosóficas. Fue un movimiento sorprendente, y de una riqueza humana y cultural infinita. ¡Venid a ver con vuestros propios ojos!, proponían.

En mi estancia en Pekín esa política estaba a punto de extinguirse. Si era cierto que al inicio podía conversar con los intelectuales chinos y a veces comer con ellos, también lo era que comenzaban a advertirse síntomas peligrosos. Una escritora famosa de los años veinte, con enorme prestigio, Ting Ling, comunista desde su adolescencia, había sido expulsada de la Asociación de Escritores por diferir de una posición política y sus novelas habían desaparecido de las librerías, y al parecer también de las bibliotecas. Sí, había señales torvas, pero ni la imaginación más delirante hubiera podido suponer las monstruosidades producidas durante la Revolución Cultural desatada pocos años después.

Durante mi estancia escribí sobre escritores que nadie conocía en México, sobre obras de teatro que parecían inexistentes, inventadas de principio a fin, y especialmente de crónicas sobre la prodigiosa Ópera de Pekín, un espectáculo alucinante, tan distinto a todo lo conocido que me fascinó desde el principio, es más, desde el momento de cruzar el umbral del viejo teatro donde se escenificaba. En los teatros dramáticos vi piezas interesantes de Lao-She: *El canal de las barbas del dragón* y otra con una fastuosa escenografía y multitud de personajes en escena: *La casa de té*. A este autor lo visité en una agradabilísima casa de estilo mandarín para hacerle una entrevista. Recuerdo que pasamos por varias alas de la casa, cada una dividida de las otras por un jardín maravilloso, hasta llegar a una sala austera, gris, donde conversamos y tomamos té todo el tiempo. Ese escritor hubiera podido salir de China y volver a Oxford, donde fue maestro antes de la guerra, a enseñar cultura china, pero prefirió quedarse en casa. Era un anciano elegante, prudente en su conversación, pero con un sentido del humor formidable. Años después leí, con dolor, con ira, en un periódico que durante la Revolución Cultural hordas salvajes llegaron a su casa, destruyeron sus jardines, sus colecciones de pintura, sus muebles. Las versiones sobre su muerte eran contradictorias: algunos comentaban que se había suicidado aventándose al río, otros, que él pudo salir por una

puerta trasera, correr hasta un edificio cercano de diez o doce pisos, subir a la azotea y desde allí lanzarse al suelo; lo único cierto era que su suicidio se debía a las vejaciones que sufrió. Vi también los dramas de Tsao-yu, célebre desde los años treinta, con una fama de muchacho travieso, de perenne inconforme, y vi una obra suya, *La tormenta*, muy semejante a la de Ostrovski, sólo que situada en China, no en el siglo XIX sino en el XX, y no en una aldea sino en un escenario urbano. En una ocasión, no recuerdo quién me invitó, tal vez algún entusiasta del teatro, o un traductor italiano que pasaba temporadas en Pekín, a ver otra obra de Tsao-yu, *El hombre de Pekín*, que se producía en un modesto salón del conservatorio de arte dramático. Se trataba, tal vez, del examen final de algún estudiante director de escena, o de un homenaje hacia alguna personalidad teatral, lo cierto es que tenía una inmensa calidad, la mejor de todas las obras que tuve oportunidad de ver, la más íntima, la más modesta, y la más entrañable.

Pero lo más prodigioso, lo más sorprendente eran los teatros donde se celebraban las funciones de ópera. Todos los teatros a los que había asistido, salvo el de cámara donde vi *El hombre de Pekín*, eran edificios modernos, un poco anónimos, y con un público que daba el tono de miembros de la nomenclatura, con los uniformes limpios, planchados, domingueros, y con una tiesura ceremonial. En cambio al entrar a alguno de los enormes teatros de ópera, cercanos a uno de los mayores bazares de la capital, los encontraba envejecidos, despintados en partes, luidos los telones y los forros de los asientos; daba la sensación de un mundo compartido, de una colmena vibrante de vida y de zumbidos. Viejos, niños, gente de todo tipo se movía de un lado a otro para saludarse, riendo, hablando bulliciosamente como si estuvieran en medio del bazar. La vida se manifestaba, febril, intensa, multitudinariamente mientras uno localizaba sus asientos. Sólo en el instante en que sonó la última señal se hizo un silencio profundo y cada quien, en un segundo, estuvo ya en su asiento. Al correrse el telón al ritmo de esa música ultraestilizada

comenzaba el milagro. Telas de seda de todos los colores, personajes decorados como con escayola en vez de maquillaje, máscaras coloridas y violentas, unos eran reyes, otros tigres y monos, guerreros y princesas y concubinas que los aman y a quienes ellos aman también desafortadamente, todos saltaban por el escenario, corrían, ejecutaban pantomimas inconcebibles, ejercicios circenses, volaban. Al iniciarse el espectáculo todo se volvió regocijo, un paraíso compuesto de elementos refinadísimos y plebeyos del que era imposible desprender en ningún momento la mirada. Después de salir del teatro se requería tiempo para librarse del hipnotismo. Por lo menos iba a la ópera una vez a la semana. Salía de ahí siempre deslumbrado. En mis apuntes encuentro algunos títulos preferidos: *Robó tres veces el vaso de los nueve dragones*, con la que me inicié, *Escándalo en el palacio celestial*, *Adiós a la concubina*, *Cómo un monje ebrio abrió la puerta del claustro*. Puedo decir que jamás he sentido un placer escénico tan extremo como en aquellas veladas. Luego he visto esas mismas piezas en París, en Londres, en Praga, en las giras que la Ópera de Pekín hace por el mundo, pero nunca ha sido lo mismo. Al desaparecer la relación con su público habitual se convertían en ceremonias bellas y solemnes, un acto magistral de exotismo de alta cultura. En fin, otra cosa.

Paulatinamente China fue convirtiéndose en un infierno. A dos meses de haber llegado ya no pude hacer paseos con el profesor Chen, y cuando nos encontrábamos en algún restaurante, nos saludábamos atentamente, y cambiábamos algunas palabras vacuas para no dejar de ser correctos. Decir que el clima era malo daba la sensación de hablar en clave. Cuando iba a las oficinas de *China Reconstruye*, donde me organizaban las entrevistas con los escritores que me interesaban, hablaba con los traductores de francés sólo como de paso, neutra y cautelosamente. La vida cultural se apagaba. Había un único pensamiento, el del Estado. Parecía haberse llegado a fondo, pero no fue así. ¡Qué va! Estaba yo ya lejos de China cuando ocurrió la catástrofe. De repente, un fantasma atroz

recorrió el inmenso país, sin dejar de atisbar ningún recoveco. La prensa internacional daba noticias monstruosas. ¡Se había desatado la Revolución Cultural! El más grave cisma en la China comunista. Desde altos funcionarios, que parecían poseer amplios poderes, hasta modestos artesanos, todos fueron vejados, expuestos en las calles con carteles insultantes, colgados del cuello para ser maltratados, escupidos y pateados por una muchedumbre enloquecida. Un libro en lengua extranjera encontrado en una habitación podía ser el detonante para aprisionar al propietario y a sus familiares; un objeto de arte antiguo, significaba que quien lo poseía no había sido capaz de rechazar una vida de señores feudales. Como sucede en un Estado autoritario, donde todas las decisiones sólo se toman en la cúpula, un buen día el grupo gobernante se derrumbó con estrépito. Los inquisidores se convirtieron en culpables. La “Banda de los Cuatro” y sus innumerables compinches fueron enjuiciados y condenados a muerte o a cadena perpetua. Los castigados volvieron a sus lugares y a sus labores. Fueron recibidos en sus institutos como víctimas inocentes perseguidas por una secta de demonios, los más perversos del país.

Una experiencia más cercana en el tiempo es mi segunda visita a China, en 2006, cuarenta y cinco años después de la primera vez, para asistir a un encuentro sobre literatura y viajes en la Universidad de Xi’an y, en ese momento lo supe, había valido la pena reencontrarme con este país. Me sentí sumamente sorprendido, atónito de felicidad. Me encontraba en un país en el que la comunión con los sentidos era patente. No sólo en la Universidad de Xi’an, sino también en la de Pekín, la juventud se asomaba a todos los temas con una curiosidad difícil de ver en otros países. Eso y mucho más rejuvenecía a la China que yo había abandonado en 1962. Una serie de transformaciones urbanas habían cambiado totalmente la cara de esa capital que yo había conocido años atrás. Muchos amigos míos que vienen frecuentemente regresan a México con la misma admiración que yo también he sentido. No la imaginaba así; pensé que

China todavía estaba encadenada psicológicamente pero el cambio era asombroso. Todo rebosaba de vida, en las calles de Pekín se respiraba una atmósfera de vitalidad.

En éste, mi tercer viaje a China, cincuenta años después del primero, me alegra encontrar un país pujante, de gente feliz, enorme. Se trata de una civilización que se ha mantenido e incrementado a lo largo de varios milenios y que, estoy convencido, así seguirá por muchos siglos más. El hombre ha dejado de ser la medida de todas las cosas, no sólo no crea ni domina su realidad sino que de pronto ésta deja de serle comprensible. Tal es el mundo que comprenden los relatos de Lu Xun, uno de los primeros escritores en desechar el lenguaje tradicional y escribir sus relatos en pai-jua, la transcripción ideográfica del idioma hablado, que tuve la fortuna de traducir al español.

Hace cinco años pensé que ese viaje en realidad era el viaje de mi vida, el del eterno retorno. Y ahora estoy aquí con ustedes confirmándolo.